# EL BICENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

La génesis de nuestra historiografía contemporánea hay que buscarla en los inquietos años que marcan el último tercio del siglo XVIII. Es entonces cuando germina una auténtica mentalidad historicista, enlazada estrechamente con cuestiones fundamentales de la cultura y de la realidad del momento. Como diría hace ya muchos años José Antonio Maravall, la plena actualidad que se le confiere hace que el papel de la historia en el pensamiento ilustrado, como instrumento para promover la reforma de una sociedad con cuyo estado presente no se estaba conforme, revistiera un carácter polémico.

Momento clave en que vienen a desembocar algunas de aquellas actitudes es 1808. Fecha que abre el ciclo en que el devenir de España se enlaza más fuertemente con el que se está desarrollando en el contexto europeo. Historia nacional y universal se unen estrechamente, mientras la activa presencia de nuestro país tiene la virtud de modificar muchos de los prejuicios existentes. De sobra es sabido que la lucha contra Napoleón —la Peninsular War de los ingleses— capta la atención exterior iniciándose, una vez concluida ésta, una riada de visitantes extranjeros que no se detiene ya a lo largo de todo el siglo. Pero hay más. A partir de entonces, se modera o desaparece la literatura anti española que ha venido siendo habitual en el periodo anterior, e incluso algunos países caso de Inglaterra o Alemania ponen en marcha corrientes de contacto que son fundamentales en la evolución de la vida cultural de la centuria.

Lo cierto es que la Guerra de la Independencia marca un antes y un después en muchas cuestiones, incluida esa valoración externa, de la que puede resultar un testimonio interesante el de César Cantu, historiador italiano de aquel momento. Según éste, «Tantos errores y tantos desastres como se sucedieron en la guerra de España, quitando al ejército francés la reputación de invencible y desacreditando al emperador por la desfachatez de sus mentiras oficiales, restituyeron á Europa el valor para renovar la ya olvidada resisten-

cia». Añadiendo algo más adelante, «Los pueblos comprendieron esta lección y quisieron aprovecharse de ella. Oscurecida la estrella de Napoleón por los vapores de la sangre española, la democracia recobró la esperanza de cortar las alas al águila y pedirle cuenta de la causa á la cual habia hecho traición». Para finalizar, «el grito de patria que lanzó la España resonó por toda Europa».

Pues bien, como una de tantas paradojas, este proceso abierto al panorama internacional, ha sido estudiado tradicionalmente por nuestra historiografía de un modo absolutamente interno, incluso se podría decir que 'doméstico'. Ejemplo acabado de ese enfoque lo tenemos en el título acuñado por Toreno para su clásica obra: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. En él, el componente internacional de la contienda y el papel jugado por nuestro país en el contexto europeo, queda marginado absolutamente. Esto es algo que plantea una de las primeras claves de comprensión del fenómeno que se desarrolla entre 1808 y 1814, obligando a realizar un esfuerzo para llegar a captar el enfoque que sus propios contemporáneos tuvieron de la compleja situación que estaban viviendo.

Un enfoque, como se acaba de decir, centrado casi en exclusiva en su vertiente interna. Envolviéndola, además, en un ropaje diferente que la alejaba de lo que en aquellos mismos años sucedía en el resto del continente. No se puede negar desde luego que, considerada en sí misma, se trata de una guerra nacional en toda su dimensión. Una guerra, conviene no olvidarlo, que no es punto de partida sino en mayor proporción el momento terminal de un largo proceso. El componente de guerra civil que subyace en el conflicto —afrancesados y patriotas— viene a ser la ruptura última de la división espiritual iniciada en el último tercio del siglo XVIII. Guerra nacional con todo —y es algo que muy bien señaló el profesor Jover Zamora— que hay que insertar plenamente en una trilogía enfrentada al sistema impuesto por Francia. Si España se sitúa en uno de sus vértices, Rusia y Alemania completan el triángulo. El debate era claro: dos concepciones radicalmente opuestas acerca del concepto de Europa. La Europa plural que lleva a la defensa de unas definidas realidades nacionales; la Europa unitaria a la sombra de Francia, meta última de Bonaparte. Es significativo que sea un historador francés, Fugier, quien al valorar los resultados últimos los califique como «el triunfo de Europa».

Guerra internacional, nacional y civil. El levantamiento pone en marcha la respuesta popular contra un ejército al que se considera invasor, que reviste unas características similares y simultáneas a lo largo y ancho de la península. Proclamas y formación de Juntas se suceden en solución de continuidad, como en respuesta a una misma llamada. Ese sentido unitario y espontáneo es algo que se intuye desde fechas tempranas. «Pocos días después del Dos de Mayo —se dice en un estudio clásico— aparecen formadas como por ensalmo las Juntas, y así como el trueno precede al relámpago, a ellas prece-

dieron las proclamas que salían de todos los pueblos del Reino casi simultáneamente». Difícil resulta considerar ese estallido como algo coyuntural. Si a los acontecimientos que protagoniza el pueblo madrileño sigue toda una reacción en cadena, parece lógico considerar que detrás de ella hay una serie de motivaciones similares. Nuevamente es Jover quien nos proporciona la clave; el levantamiento de mayo de 1808 prolonga, en buena medida, la reacción iniciada contra Godoy años antes. Su táctica de alianza con Francia y la continuación de una política ilustrada alían, momentáneamente, al pueblo y a los privilegiados que ven ahora en la presencia francesa, la culminación de la gestión del favorito.

No cabe duda que la Guerra de la Independencia es un acontecimiento trascendental en aquella trascendental etapa. Como tampoco puede dudarse —y algo ya se apuntaba— que junto al componente estrictamente interno, las dimensiones de la contienda se agrandan para situarse en un plano superior. La guerra, tanto en su vertiente nacional como internacional, es el telón de fondo de aquellos años. Años que convulsionan al país y que rompen dramáticamente su desarrollo en plena gestación. Para el historiador actual múltiples son las cuestiones que le sugiere este periodo, y todas ellas apasionantes. Es evidente que, desde nuestra posición de lejanía, las cosas pueden resultar de más fácil comprensión. A ello ayuda también el conocer los derroteros por los que se iba a adentrar la historia en fechas posteriores.

Con todo, es curioso y significativo constatar que la producción historiográfica coetánea o cercana a los acontecimientos, supo recoger y reflejar todos y cada uno de los temas que se pueden considerar vitales para un lógico conocimiento. En forma amplia o en esbozo. Como una pregunta no contestada. Desde la confusión o la claridad. Formas diversas, no podemos negarles la valía de constituir fuentes vitales, a las que el investigador de nuestros días tiene que acudir sin remedio, al aportar algunas de las claves de un proceso imparable que se estaba poniendo en marcha.

De entonces acá han transcurrido doscientos años. Un largo camino en el que nuestro conocimiento de aquel acontecimiento, singular y trascendente, se ha ido enriqueciendo y ampliando gracias a las aportaciones de quienes se han aproximado a aquellos años, pórtico de la contemporaneidad en lo que a nuestra historia se refiere. También en el ámbito de lo local o de lo regional. Por ello cuando estamos iniciando este largo bicentenario, el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino no ha querido dejar pasar la oportunidad de dedicar unas páginas de su revista a rememorarlo.

*El Consejo de Redacción*